

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

Á nuestros suscritores.

Estamos haciendo los mayores sacrificios sin otra mira que la de ser útiles á los señores Sacerdotes, suscritores de nuestra revista. Resueltos á continuar trabajando en su obsequio, damos principio á la publicacion de composiciones predicables, inéditas, y originales sobre los Evangelios de las Dominicas de Adviento y de Cuaresma. Con gusto nos imponemos este trabajo que viene á recargar considerablemente nuestras ordinarias ocupaciones, y que lejos de reportarnos utilidad alguna material, solo nos produce gastos y pérdidas considerables. Dos pesetas al año pagan los suscritores de este BOLETIN, y no obstante la mayor parte de ellos no cumplen su compromiso, pues hay algunos

que en seis años no han pagado un céntimo, otros solo han pagado uno ó dos años, y muy pocos los que están al corriente.

En su vista hemos resuelto otorgar á los morosos quince dias de tregua. Si dentro de este plazo no envian sus atrasos, borraremos su nombre del número de suscritores. Despues su conciencia les dirá si pueden olvidar una deuda tan sagrada como la que motiva estas advertencias.

ZACARIAS METOLA.

Dominica 1.^a de Adviento.

Parate viam Domini.

Luc. 3.

Preperad el camino del Señor.

La Iglesia católica levanta su voz maternal en este santo tiempo para recordarnos los dos Advientos del Señor, y encierra todo el fruto de sus enseñanzas en

este grito del profeta que resuena en todos los templos católicos:

Preparad los caminos del Señor: ¿Cuáles son estos caminos? El real Profeta os dice que todos los caminos de Dios son misericordia y verdad. *Universæ viæ Domini misericordia et veritas.* Y Belarmino explica estas palabras diciendo que la misericordia y la justicia son los caminos por donde viene el Señor al mundo. Dos son sus Advientos, ó venidas: la una ya se realizó, y la otra se verificará ciertamente aunque sea incierto el día de su venida. Vino ya como niño á salvarnos, y vendrá como Juez á residenciarnos. Su primera venida fué en misericordia; la segunda será en justicia. Vino ya lleno de gracia y de mansedumbre, y ha de venir otra vez con gran poder y majestad. En su primera venida cantaban los Angeles: *Paç en la tierra á los hombres de buena voluntad;* y en la segunda tocarán la trompeta y desde el uno al otro cabo del mundo se oirá esta voz formidable y pavorosa: *Levantáos, y venid á juicio.*

Vamos á considerar las dos venidas del Señor, y veamos en su consecuencia cuál es la mejor manera de prepararnos para saborear los frutos de la divina mi-

sericordia y librarnos de los rigores de su infinita justicia.

—
Parate viam etc.

La primera venida del Señor se verificó en la plenitud de los tiempos, y vino al mundo *por el camino de la misericordia.*

El género humano vegetaba en la ignorancia, y pedía un maestro divino que le enseñase la verdad, gemía en durísimo cautiverio, y suspiraba por un redentor misericordioso que le rescatase de su servidumbre, estaba como de asiento en sombras y tinieblas de muerte, y todo era preguntar: ¿Cuándo se acabará esta noche, y aparecerá en el cerrado horizonte el suspirado sol de la vida? Llegó por fin la plenitud de los tiempos. Llenos estaban en efecto los tiempos de suspiros y esperanzas, llenos de errores y de vicios, llenos de lágrimas y abominaciones, llenos de miserias y de catástrofes. Desolada estaba la tierra porque no había quien disipase sus tinieblas, remediase sus miserias, quebrantase sus cadenas y la sacase del abismo en que había caído. Los poderes humanos se habían declarado impotentes para labrar la dicha de la humanidad, los sábios obraban como unos né-

cios, los filósofos deliraban, y no había esperanza de salvación. Cuarenta siglos de experiencia habían demostrado la impotencia radical de la razón humana para salvar al mundo, caído por su orgullo en un abismo insondable de groseros errores y de inauditas abominaciones. Entonces fué cuando vino el que había de venir, el Hijo de Dios hecho hombre para salvar al hombre con los ejemplos de su santísima vida y con el precio de su purísima sangre, derramada entre las angustias y los oprobios de amarguísima muerte. Y vino pobre y humilde para exaltar á los humildes y consolar á los pobres, lleno de gracia y de verdad, á impulso del amor y de la misericordia.

Poned los ojos en Jesús, comparad su grandeza con nuestra bajeza, su bondad con nuestra indignidad, y podreis entender de algun modo el insondable misterio de su infinita misericordia, en su primer Adviento, cuando descendiendo de los esplendores del cielo al tenebroso valle de la tierra á salvar lo que había perecido.

Si con vista despejada mirais á Jesucristo en el Estab'lo, si con los ojos del amor le contemplais en la Cruz, jurareis en vuestro

corazon morir mil veces antes que pecar, antes que ser ingratos al beneficio de la Redención, porque vereis que nació pobre el que ha criado el oro y la plata en las entrañas de la tierra, que tuvo frío el que encendió el sol en su pupila, que estuvo desnudo el que vistió el cielo de soles, y la tierra de esmeraldas, que lloró muchas veces el que alegra á todos los seres, que tuvo hambre el que alimenta á todos los vivientes, que padeció sed el que hizo las fuentes, los rios y los mares, que sufrió tormentos y afrentas el que era la misma santidad, que murió en el patíbulo de los esclavos el que es fuente de todas las vidas y quebrantador de todas las cadenas.

Pero ¿qué ha podido mover á Jesucristo á humillarse de tal modo por nosotros? Nada, hermanos míos, nada á no ser su caridad infinita, nada sino su infinita misericordia. La verdadera causa de nuestra reparación no es otra que la misericordia de Dios. *Causa nostræ reparationis non est nisi misericordia Dei.* (1)

Lo que hace resaltar la grandeza del amor divino, y la excelencia de su misericordia sobre todas las obras de sus manos es

(1) S. Leo, serm. 1 de Jejun.

la indignidad de los favorecidos que somos nosotros.

(Se continuará.)

Z. M.

VARIEDADES.

LA SANTERA DEL ESPINAR.

—
Proverbio.

I.

Es una verdad, digan lo que quieran los *espíritus fuertes*, que el hombre recuerda siempre con placer los agradables momentos de la infancia. Aquellos besos dulcísimos que en nuestra pura frente imprimieron los labios de una madre querida, de un padre cariñoso; la memoria de aquellos inocentes juegos en los que tomaban parte muchos amiguitos que hoy tal vez no lo son, es siempre idolatrada, tierna cual la sonrisa de aquella edad venturosa.

De mí sé decirte, lector amigo, que siento una alegría inmensa, una emoción íntima, cuando deteniendo la imaginación, y con ella por un momento el frío de los años, dirijo una mirada á los hermosos días que, por desgracia, *fueron*

Las veladas de invierno, durante las que, agarrado á un morillo del hogar para no perder el sitio, esperaba con mis hermanos, impacientes como yo, la llegada de la buena anciana tía Pepa, que había de hacer nuestras delicias contándonos una historia; las palabras graves, al par que sencillas, con que infundía en nuestras almas el amor á la virtud y el horror al vicio; aquella paz, alegría y franqueza propias de todos cuantos for-

maban bajo la gran campana de la hospitalaria chimenea, jamás se borrarán de mi memoria.

Hoy, al grabar sobre el papel una de las máximas que tantas veces repelia la anciana, cumplo con un deber sagrado tributándole un recuerdo de gratitud, pues que sus consejos prudentísimos me han sido de grande utilidad.

II.

«Para tí es el bien que hicieres,
Como para tí es el mal;
De tus obras en la tierra,
Premio ó castigo hallaras.»

En una de esas noches, helada como el vendaval nevascoso que azotaba con ruido amenazador las paredes, ventanas y puertas de la casa paterna, nos encontrábamos en ella reunidos alrededor de reparadora fogata varios vecinos, amigos todos, procurando al amor de la lumbre hacer, en lo posible, cortas sus muchas y larguísimas horas.

Hablaban los ancianos, oían los jóvenes y los niños jugábamos. Las palabras de los primeros, solemnes y respetables tanto como sus blancos cabellos, producían en nosotros, á lo mas... impresiones muy ligeras.

Solamente la buena tía Pepa poseía no sé si decir la magia de hacernos cesar en nuestro juegos, clavándonos en el sitio designado; y hasta el milagro obraba de que oyésemos sin respirar. Tal era la atención con que la escuchábamos.

Y claro está que si el ruido ha cesado en la cocina es porque llegó la abuela: así es. Acordáos, lectores que habeis sido niños, del gozo que experimentábais cuando el maestro os leía una tarde del

Robinson, y dedicad un momento á la anciana.

III.

«Me preguntábais la noche anterior el significado de los *figurones* que se ven sobre el pórtico de la *casa vieja*. No extraña vuestra curiosidad y deseo. Todos cuantos por primera vez contemplan ese *blason*, quieren saber su historia, historia que yo os contaré, y que por cierto es un triste privilegio que debo á los años.

Aquella matrona desgreñada y pálida; aquellos dos robustos jóvenes que yacen en tierra, y en cuyos rostros de mármol se ven trazadas con tanta propiedad las líneas de la muerte; y aquella joven, que desfallecida se apoya en la esquina de un edificio que parece ermita, ¿no son las principales figuras que tanto miedo os causan, mis queridos niños? Pues bien; escuchad. Esas frias piedras encierran funestos sucesos. La historia de esos mármoles es terrible.

Muy pocos años contaba yo, quiero deciros que esto sucedía á mediados del pasado siglo, y la que hoy es bellísima y espaciosa ermita *del Espinar*, solo era entonces una medio ruinoso casilla, un pobre cobertizo en donde se veneraba una imagen. Todos los domingos y principales fiestas acudían allí los hourados habitantes del pueblo para dirigir á nuestra patrona, que lo era desde tiempo inmemorial, la salutación angélica y cantar la *Salve*. Una piadosa forastera, joven aún, la hermana *Dominica*, cuidaba de la imagen, habitando un pobre y reducido tugurio. En aquellos tiempos la llamaban *Santera*.

¿Quién era la hermana *Dominica*?

Un día, á la caída de la tarde, la vieron los labradores llorando á los piés de la *Virgen Santísima*, y luego otro, y otro, y otros muchos y prendados de su carácter bondadoso y humilde, rogáronla, especialmente el tío *Sayalarga*, que en paz descanse, mi abuelo, alcalde del estado llano, que tomase á su cargo el alumbrado y custodia de la ermita. Aceptó la joven con placer, como si esto fuera el único deseo que allí la había conducido, sabe Dios desde dónde, y de aquella fecha hasta hoy, la lámpara del *Espinar* alumbra el pequeño valle.

Esto es lo que de la *Santera* supieron, mi abuela *Jerónima*, mi madre *Luisa* y demás preguntonas de aquellos tiempos.

Recogía *Dominica* semanalmente limosna para el alumbrado y adorno del altar, limosna que nuestros padres ofrecían presurosos, oyendo siempre de la *Santera* este cantar:

«Para tí es el bien que hicieres,
Como para tí es el mal;
De tus obras en la tierra,
Premio ó castigo hallarás.»

Estríbillo que repetíamos á voz en cuello los muchachos apenas divisábamos á la hermana.

IV.

Habitaba por aquel entonces en la villa doña *Florencia* de*** ama y señora del buen juntero *Sayalarga*, y por el cual mi madre supo algunas particularidades de la tal doña puesto que su casa, cerrada siempre, parecía una cárcel.

Era viuda, rica, muy rica, y tenía dos hijos que veinte años uo habría cumpli-

do el mayor. Llamábanse Samuel y Ricardo.

Si queréis tener una idea del ama de la *casa vieja*, nombre con que se la conocía ya entonces, escuchad al abuelo *Saya* en uno de sus soliloquios:

—¡Qué mujer! ¡Qué mujer!—decía el labrador.—¡No teme á Dios! ¡Qué educación da á los amos! ¡Ni misa, ni rosario, ni una salve á la Patrona! ¡Odio solamente, odio á la canalla! ¡Jesús, Jesús! que mujer! ¡Me temo que el Señor la castigue! Y por si acaso, *Saya*, retirate de esa furia, deja las tierras del arriendo; largo, largo, no sea que de participantes....

Al otro día se oyeron grandes voces en el portalón. Era el tío *Sayalarga* que ultimaba sus cuentas con la señora.

Lo cierto es que el buen hombre no mentía. Jamás la debió el pueblo el mas pequeño favor. El postigo grande sólo se abría para recibir. Nunca presentó la avaricia personificada facciones tan agudas y repulsivas como las de doña Florencia. Jamás el pordiosero tocó al pesado aldadón, pues sabía por experiencia que las limosnas eran insultos, empujones y alguna que otra vez un mordisco del gran perrazo, temor de todos los muchachos del pueblo. En una palabra, el mas vil repugnante egoismo reflejábanse en toda su fisonomía.

Tan solo Dominica la *Santera* se acercaba á aquella puerta, repitiendo siempre sus sacramentales palabras *para tí*, etc., insultos, ultrajes, malos tratamientos, nada alteraba su paciencia heroica. Pedía limosna, repetía su canción y se marchaba.

Muchos años habia levantado el alda-bon sin haber obtenido para su querida imagen del Espinar el mas corto ofrecimiento, consiguiendo, por el contrario, atraerse el enconado rencor de la poderosa; rencor que ésta transmitió á sus dos hijos, los que no pocas veces devolvieron á Dominica un golpe por cada palabra de su cantar.

Murmuraba el pueblo, y ni aun á peso de oro encontraba servidores. No se ocultó á doña Florencia que los labriegos, como ella los llamaba, la tenían prevención; y ésta atribuyó como á principal causa á la pobre Dominica, decidiendo vengarse de ella, pero de una manera terrible.

Oigámosla murmurar subiendo las escaleras del gran salou:

—¡Hipócrita! ¡Creerá que con sus palabras sentenciosas va á conseguir el reino de los cielos! ¡Miserable beata, se atreve á desafiar mi poder! ¡Ah! no, no ha conocido á doña Florencia de*** como tampoco la conocen los destripaterrones de este maldito lugar. Y á propósito. ¡Qué necio! ¡miran mi casa, solar el mas antiguo de Castilla, de rojo, con estúpida prevención! ¡Y orgullosos! ¡vaya! por el estilo del viejo *juntero*; ¡necio! ¡dejar-me el arrendamiento porque desprecio á los frailes y campesinos! ¡Como si no fueran todos bestias de un mismo establo!... porque digo que los pecheros sólo sirven para animales de carga... ¿Y estos frailes? ¡pícaros! defendiendo siempre la dignidad y derechos del populacho!... ¡Qué horror! ¡Como si fuesen hermanos doña Florencia de*** y el tunante *Sayalarga*! ¡Oh! ¡Esto es gracioso!... Pero bien mi-

rado, la culpa de todo la tiene esa miserable Santera, con su odioso cantar, y mas aún *Sayalarga*, que la rogó se quedase en el ermitorio.

Al decir estas palabras, la mirada de la señora brilló con aterradora intensidad, continuando:

—¡Ah! ¡Santera Santera! canta, canta el estribillo, dáte prisa... tal vez mañana... En cuanto al otro...

—¡Madre, madre mia!—gritaron á la vez dos voces varoniles.

—¡Ah, hijos míos! ¿Qué haceis? Hoy no he tenido el placer de veros... es verdad, que ocupados en vuestras cacerías y diversiones, ni un momento dedicáis á vuestra madre.

—Y esto diciendo, los estrechó contra su pecho.

—¡Madre!—dijo Samuel.—Estais conmovida! ¿Qué teneis? ¿Nos ocultais alguna cosa! ¡A nosotros que tanto os amamos!

—Es verdad, queridos míos, que hoy es para mí un día negro;—contestó la madre.—Ya sabeis que despreciando mi rango, esa mujer de la ermita...

—¿Y eso os apena?—interrumpió Ricardo.—Samuel, quitémosla de por medio. ¡Ni aun la vida de esa ermitaña es suficiente á pagar los sinsabores que proporciona á nuestra madre!

—Es cierto,—contestó Samuel con ira reconcentrada.

—Oh, gracias, gracias, hijos míos! Tengo un plan, y supuesto que soy la ofendida, sabré castigar al ofensor.

Y esto diciendo, una sonrisa diabólica cruzó por sus labios.

—Os conocemos, madre mia, y descansamos en vuestra palabra,—añadió Ri-

cardo.—Ahora os vamos á pedir una merced, y no dudamos que nos la concedereis.

Y aquellos jóvenes, que cristianamente educados hubieran sido unos ángeles, pronunciaron estas palabras con tanto afecto y ternura, que difícilmente el mas hábil fisonomista habria descubierto la perversidad que se anidaba en sus almas.

—Decidme—contestó la madre.

—Ya sabeis—continuó Samuel—que estas buenas gentes se disponen á celebrar la fiesta de su patrona, como ellos dicen, ¡salvajes! y se divertirán, claro está, bailando, cantando y victoreando á su Virgen: pues bien; el tío *Sayalarga* con otros del cocejo han tenido el atrevimiento de ofrecernos la presidencia de la funcion; ¡imbéciles, nosotros entre esa gente! No hemos aceptado, como comprenderéis, despidiendo enhoramala á ese necio y demás acompañantes. ¡Já! ¡já!

Y el joven reía, sí, reía mucho, prosiguiendo:

—Mas como no queremos que ellos solos se diviertan, estamos preparando una graú partida de caza para Monsalud: os rogamos, madre mia, nos acompañeis y pongais en práctica las lecciones de tiro que nos habeis enseñado. ¿Podemos contar con vos, querida madre?

—Comprenderéis—contestó la señora—mi disgusto al decirlos que, al menos por el día de mañana, me es imposible acceder á vuestro ruego. Es un secreto mio, que os sorprenderá agradablemente.

—Lo respetamos hasta que tengais á bien manifestarlo. Y pasado mañana, ¿vendereis?

—Seré toda vuestra.

—Gracias, querida madre.

—Y los dos jóvenes marcharon con el gozo en el semblante y la alegría en el alma.

V

Hermosa y serena estaba la noche en la víspera de la festividad de la Patrona. El pueblo de Alcocer en masa corría presuroso á escuchar la *Salve* que las jóvenes alcarreñas dirigían á María. El pequeño valle del Espinar, semejante á un precioso manto sembrado de perlas, despedía rayos de brillante luz. La iluminación era bellísima. Cien comparsas de labradores, ejecutando alegres rondallas, cantaban las alabanzas de la Virgen Madre. La pequeña ermita, adornada con primor, era insuficiente á contener el gran número de fieles que habían concurrido al Espinar, y aun el mismo valle hubiera sido reducida iglesia.

De los labios de aquella multitud entusiasta brotaba una sola expresión: ¡*Salve, Salve Regina!* tierna salutación que benignamente acogida por la Señora ha derramado en todos tiempos sobre los habitantes de Alcocer el consuelo y alegría. ¡*Salve, Salve!* dijeron nuestros padres, y esa bendita frase que mil veces repitieron los hizo felices por aquel entonces. ¡Oh, que tiempos, que tiempos!

Y la buena tía Pepa, recordando el fervor en unos días de los que ella era historiadora fiel, enjugaba con su delante una piadosa lágrima.

—Hoy continuó— me lleno de tristeza al oír la campana del pueblo tocar á la *Salve*, y abandonada, muda y silenciosa como el valle la campanilla de la

ermita. ¿Por qué no alegra ya el valle el tin tin del cimbalillo? ¡Los tiempos, los tiempos!

Mas.... os veo también conmovidos; dispensadme. ¡Son tan gratos los recuerdos de la infancia!

Y prosiguió:

—El valle quedaba desierto, y los últimos grupos habían desaparecido tras el majestuoso arco de Pareja. Se apagaron las luces de la ermita, excepto dos y la lámpara de la Virgen. La hermana Dominica, arrodillada ante el altar dirigía sus plegarias á la Patrona, y en arrobador éxtasis parecía un serafín de los que rodean el trono del Altísimo. ¡Qué afectuoso fervor! ¡Qué sublimidad! Dominica era una santa. De sus hermosos labios partía una súplica de bendición para todos; amigos, bienhechores, devotos de su querida imagen, á todos comprendía en su ferviente ruego. Abstraída se hallaba en su oración, cuando un fuerte ruido, causado al parecer (y así era en realidad) por el acompasado trote de dos caballos la hizo despertar de su elevada contemplación, al mismo tiempo que dos voces imperiosas gritaban: «¡Santera! ¡Ah de la Santera!» Y convulsa, aterrorizada dirigióse á la puerta de la ermita.

—¡Señor!...—pudo decir.

—Vamos, diablillo con cara de ángel, santera, beata ó lo que seas, déjate de hipocresías: llegamos cansados, rendidos y muertos de sed y hambre. ¿Nos darás alguna cosa de lo que te ofrecen los devotos?

(Continuará.)

De (*El Pilar*).

Imp. CATOLICA, Huerto del Rey 13.